

Baltasar Gracián en papillas

POR
LORENZO MARTÍN-RETORTILLO BAQUER

Mucho me agradó el regalo en mi último cumpleaños. Por partida doble, además, pues coincidió que dos de mis hermanos vinieron con él, cada uno por su parte, satisfechos con el obsequio, que a mí igualmente me satisfizo, y mucho (aunque uno de los ejemplares lo cambiaría luego). Un libro. Que había sido editado por primera vez en nuestro pueblo, hará más de tres siglos: el año 1647, en la imprenta de Juan Nogués, allá por el Coso, en Huesca. Una de las joyas de la literatura española, joya de prosa a leer a pequeños sorbos. Me refiero al *Oráculo Manual* de Gracián. Ilusión del regalo, además, porque yo tenía la tan completa edición de Batllori-Peralta, uno de los tomos de la bienadada «Colección Rivadeneira», ese imponderable filón de la «Biblioteca de Autores Españoles», que, en cambio, son algo grandotes y de no fácil manejo, más para libro de estudio que para la fruición de leer de vez en cuando unos cuantos aforismos, para sacarle gusto una y otra vez, encontrando siempre nuevos destellos, a esa prosa que encandila. Y ahora me traían un libro de esos preciosos, una edición muy pensada y que entra por los ojos -como les sucedió a mis dos hermanos-: la encuadernación acabada y las tapas duras, el dibujo y los tonos de la cubierta atractivos, el papel suficientemente matado, la composición y la letra claras y elegantes, muy manejable el tamaño si bien el volumen no alcanzase el pequeño formato de la primera edición. Figurando además al cuidado de un profesor de literatura de la Universidad Complutense especialista en el Siglo de Oro.

Celebré que una vez más el enigmático jesuita rebelde aragonés, de Belmonte, junto a Calatayud -su padre y abuelos paternos, de Sariñena-, suscitara la atención de los editores confirmando que sus libros siguen interesando. Había visto hacía poco la cuidadísima edición que de las obras completas acababa de realizar la afortunada conjunción de la Fundación Castro con Editorial Turner y, sin afán ahora de recoger otras ediciones recientes, ni de recordar la consolidada aceptación, acaso sea hoy la novedad la de que por todas partes llegan noticias del éxito que está alcanzando Gracián en los Estados Unidos de América del Norte.

Pero hubo pronto cosas que empezaron a escamarme, cuando no a sorprenderme, nada más entrar a fondo en el libro y superar la primera impresión superficial.

A uno de Huesca, que valora lo que representó Lastanosa -Salastano, como le llamaría Gracián-, no podía pasársele por alto que ahora nada se dijera de él ni en cubierta, ni en portada, ni en parte alguna del libro. En mi juventud era una afirmación común que se oía con frecuencia en mi ciudad aquello de que «Quien no ha visto los jardines de Lastanosa, no ha visto cosa». Impresiona el repasar la lista de volúmenes que integraban su biblioteca, que pudo manejar Gracián y fue decisiva para su formación. ¿Qué se haría de tan preciados libros, conservando al parecer en la Biblioteca Nacional de Estocolmo el catálogo de los mismos? Y, ahora que por suerte está tan de moda, ¿qué habrá sido del Caravaggio que al parecer tenía en su colección de pintura junto a obras de nombres excelsos, Durero, Ribera, Rubens, Tiziano, Tintoretto...? Desde la primera edición el *Oráculo* ha figurado siempre como aforismos *que se discurren* en las obras de Gracián y que los publica don Vincencio Juan de Lastanosa. Entienden los especialistas que la obra es pura y simplemente de Gracián, sin más. Pero por algo figuraría así. ¿Prescindir gratuitamente de tan arraigada referencia? ¿Simplificar en absoluto sin dar la más mínima explicación? Tal es lo que se ha hecho en la edición comentada. Más aún, el extracto hecho por Lastanosa, no se decía sin más de las obras de Gracián, ni de Baltasar Gracián, sino de Lorenzo Gracián (y en su tiempo se escribía Lorenço, con ce y cedilla). También desde la primera edición. Dato que hoy se omite: se prescinde olímpicamente de él y no se da tampoco explicación alguna. Con lo entrañable que resulta la historia de que ya en obras anteriores Gracián usaba tal ardid para omitir, por lo que fuera, la para él obligatoria censura de la Compañía. Hablaba antes de enigmático personaje. ¿Por qué simplificar -y empobrecer- unos datos que algún sentido han tenido y por algo los quiso poner su autor? No se crea que se hace favor alguno al lector «facilitándole» las cosas a costa de lo que sea.

Aún hay otra infidelidad mayúscula en el título. El libro se ha llamado siempre *Oráculo manual y arte de prudencia*. Y cuando Gracián se refería a él, lo denomina, abreviando, el *Oráculo* o el *Oráculo prudencial*. Frente a ello los nuevos editores se toman una licencia mayúscula. Ahora se va a llamar «El arte de la prudencia» -en Gracián, además, tanto arte como prudencia figuraban sin artículo-, apareciendo después, como un colgajo que desorienta al lector, lo de «Oráculo manual». Aquí sí se advierte del cambio diciendo escuetamente en una nota que «razones editoriales han aconsejado modificar el título original». Hay que negar el derecho de los editores a cambiar a su antojo el título de las obras por muy en el dominio público que se hallen. La obra, cualquier obra, también la de los autores clásicos, exige ante todo, y por eso, respeto. A lo largo de la introducción se razonará acerca de «lo que aproxima el contenido de *El arte de la prudencia* a la moderna exaltación del *self-made man*»; tratándose también de como *El arte de la prudencia* «resume en trescientos aforismos comentados la sabiduría práctica necesaria para enfrentarse con éxito a un mundo competitivo y hostil. Es, pues, un manual, un libro breve, de bolsillo, que apuesta por la enseñanza de la prudencia como un arte o un artificio». ¡Esto son ya palabras mayores! ¡Hoy hay gente para todo! Puede que tales referencias nos den la pista de las «razones editoriales» para apoyar la citada alteración: tal vez calculen los editores -el volumen, si impreso en Madrid y con *copy right* de una editorial cuyo domicilio madrileño se ofrece, figura publicado de acuerdo con una firma edi-

torial de Estados Unidos: a lo mejor le aguarda al producto una amplia distribución americana-, acaso piensen, digo en vender el producto como un manual para enfrentarse con éxito a ese mundo competitivo y hostil. Una especie de libro de bolsillo para el que sueña en convertirse en un *self-made man*. Selectas reglas para tan dura contienda en la que todo ha de darse por bueno con tal de vencer. De ahí, en esa ardua empresa para superar cualquier tipo de escrúpulos, pueden haber interpretado los editores -bien en contra de Gracián- que quepa hasta cambiar el título de un libro.'

Prescinde también la nueva edición de los elementos introductorios que eran usuales en los libros del siglo XVII, aprobaciones, dedicatorias, etc. No sé si será una rémora para los aspirantes a grandes triunfadores del hoy recordar que hubo tiempos en que existía la censura, dura pared, pero también dificultad manifiesta a que enfrentarse, escuela de lucimiento y campo de aprendizaje para tantos; o que era habitual encomendar cada libro a un cualificado señor (algo así como buscar un esponsor, diríamos hoy); o que en el «Al lector» podía buscar el autor un escogido lugar para transmitir a sus lectores algo relevante -como, en nuestro caso, que su anterior obra *El discreto*, «apenas se vio en España, cuando se logró en Francia»-. Yo no creo que tales introducciones molesten a la hora de reeditar un texto clásico dado que hay muchas formas de ofrecerlas: en letra pequeña o en nota, en páginas pares o al final incluso. Pero es que además en el *Oráculo* resultan especialmente jugosas, aparte de que son muy breves.

En la aprobación del censor Fr. Gabriel Hernández, de la Universidad de Huesca, encontramos afirmaciones bellísimas: «He admirado en tan poco cuerpo tanta alma. Es una quinta esencia de la más recóndita prudencia». Claro que algún crítico señala -hablaba antes de enigmático personaje- que la censura parece redactada por el propio Gracián. En otra de las aprobaciones se hablará de «diligencia que merece no solamente la permisión de la estampa, pero aplausos y admiraciones».

Han advertido los estudiosos que el *Oráculo* es uno de los textos de más difícil lectura en nuestra lengua. Yo me atrevería a decir por mi cuenta -y soy bien consciente de mis limitaciones- que es una de esas obras en que se encuentra el más bello castellano, como ha sido destacado de sobra. Hay todo un alarde del mayor cuidado, espejo de libertad y sabiduría, con pulso firme y seguro para que nada sobre y falte solo lo que se quería que faltara. Uno de esos momentos estelares en que al castellano se le saca el mayor lucimiento, para expresar además lo que es una muy sólida recepción del pensamiento clásico. Un texto que agarra y coge y fuerza al lector -a pequeños sorbos, ya lo decía antes, no es el novelón para devorar en una tarde-, a deleitarse con el juego de conceptos, con los contrastes y similitudes, con el uso calculado de la sonoridad, forzando también a imaginar lo que falta, o lo que se sugiere o insinúa. Una maestría en el sacarle provecho al idioma, con la precisión del mejor de los poetas quedando muy claro que se está haciendo otra cosa que no poesía. Tantas frases como grabadas en piedra, para conocerse de memoria y ocupar lugar habitual en la vida cotidiana. Un texto dificultoso, sí, pero un reto apasionante que deja el mejor sabor de boca, como sucede siempre con la gran literatura. Hay literatura de muchas clases, la hay de evasión y también de tensión. Lo importante es

saber por qué se opta y qué es lo que se elige. Y no es un secreto que hay literatura en la que, como en el deporte, el goce está unido a la tensión y al esfuerzo: hay unas reglas para el partido, para la marcha o para la travesía. Y quizá vengan luego las agujetas, las ampollas o el mero cansancio. Pero, que nos quiten lo bailado. Lo mismo sucede por fortuna con un buen número de piezas de la historia de la literatura: el lector ha de enfrentarse con texto complejo pero que le compensará con creces de sus esfuerzos.

Cuál no sería mi sorpresa al descubrir la peregrina idea del editor de dulcificar el texto al *Oráculo*: «esta edición se dirige -se dirá en la introducción- a un público no especializado, y siguiendo las directrices de la editorial, el texto de Gracián ha sufrido diversas modificaciones con el fin básico de facilitar la lectura de un texto escrito y publicado hace más de trescientos años y con un grado notable de complejidad estilística. La idea no ha sido tanto modernizar lo modernizable como hacer legible el texto. Para ello se han rehecho frases y se ha modernizado la sintaxis, además de sustituir términos». No exagero si digo que ante esta ocurrencia me quedé pasmado sin lograr entender el manejo. Resulta que lo que yo creía una edición preciosa era en verdad una no edición, porque lo que ha quedado tras los afeites no es Gracián, dicho sin más.

Cualquiera sabe que hay muchas maneras de acercar un texto complejo, bien sea anotándolo, aun sin erudición, ya a pie de página, ya al final para distraer menos, bien ofreciendo un pequeño glosario o vocabulario, modernizando la ortografía, etc. Hay muchas opciones dentro del respeto al texto, regla imprescindible para cualquier editor serio o mínimamente solvente. Los clásicos son los clásicos, hay que afirmar con énfasis, y cada uno va a ellos a buscar eso, lo que son. Cada época luego extraerá distintas sensaciones y deducirá distintos juicios de las mismas palabras. Pero la intangibilidad del texto resulta precepto sagrado. Como decía Gracián en el aforismo 101, «Insufrible necio el que quiere regular todo objeto por su concepto» (obsérvese como busca el efecto sonoro por la proximidad fonética entre objeto y concepto). Aunque el pobrecito lector de la edición comentada lo leerá como «es un necio insufrible el que quiere regular todo según su criterio». ¿Qué falta hacía cambiarlo? A partir de ahí se comprenderá que puede pasar cualquier cosa. Y eso es lo que ha sucedido. El afán por emular la vieja metodología de la «Biblioteca Salesiana», autoriza al osado editor a tratar a sus lectores como niños de pecho y a convertir a Gracián en una especie de papillas que han perdido toda gracia y mordiente. Y eso desde el primer aforismo al último, el número 300.

Valga como ejemplo un par de muestras. En el número 58 dirá Gracián a propósito de *Saberse atemperar*: «... ni se han de emplear más fuerzas de las que son menester. No haya desperdicios, ni de saber, ni de valer: no echa a la presa el buen cetrero más rapiña de la que ha menester para darle caza». El astuto adaptador le propone a su pobrecito lector a propósito de *Saber adaptarse*: «... ni se deben emplear más fuerzas de las necesarias ni derroches de sabiduría ni de méritos. El buen halconero no echa a la presa más aves que las necesarias para cazarla». ¡Y se habrá quedado tan descansado!

En el número 66, muy comentado en cuanto a si es una defensa de la idea de que el fin justifica los medios, Gracián lo cierra de manera magistral: «Todo lo dora un buen fin, aunque lo desmientan los desaciertos de los medios: que es arte ir contra el arte cuando no se puede de otro modo conseguir la dicha del salir bien». El adaptador para enanitos, le hará decir: «Todo lo dora un buen final, aunque lo contradigan los medios desacertados. La regla es ir contra las reglas cuando no se puede conseguir de otro modo un resultado feliz». ¿Pero es que hacía falta retocar texto tan claro?

En el famosísimo 105, donde está lo de «Lo bueno, si breve, dos veces bueno», la preciosa sentencia «La brevedad es lisonjera, y más negociante», se simplifica diciendo: «La brevedad agrada y es útil». Y un par de líneas más abajo, el impresionante «Más quintas esencias que fárragos», se aproxima al lector así: «Más consi-guen quintaesencias que fárragos». Pase lo de refundir en una palabra «quintas esen-cias», aunque suena tan bien y creo que nunca debería tocarse, pero «obran» ¿es palabra tan difícil que deba ser aclarada?

Lo que mal empieza, mal acaba. Porque no faltan los casos en que el aclarador confunde a sus lectores o les dice algo que no tiene nada que ver con el texto. Aunque quizá un manual para aprender a competir no tenga que ser muy escrupulo-so. Valga con un par de muestras.

El número 75 que se abre «Elegir idea heroica, más para la emulación que para la imitación», está todo el aforismo referido a darse incentivo, a fijarse en lo elevado para coger fuerzas, para animarse. Pero el intérprete lo inicia: «Elegir un modelo ele-vado, mas para superarlo que para imitarlo». Está inventando, y confundiendo, por-que Gracián no se refiere en absoluto a la idea de «superarlo».

El número 109 se está refiriendo a los que todo lo ven mal, por eso el título aconseja *No ser acriminador* (palabra que hoy no es usual aunque se entienda y suene muy bien; bien podría aclararse en una simple nota, pero se cambia para poner *No ser acusador*). Y dice Gracián en una frase: «Cómitres en cada puesto que hacen galera de lo que fuera Elisio». Es decir, el que todo lo ve mal, convierte lo placente-ro (el paraíso, el Eliseo) en galera, o sea, en el lugar ingrato. Puede que galera tenga varios significados, pero a mediados del XVII es normal que se refiera a los forza-dos, condenados a remar bajo la férula y vigilancia del cómitre (recuérdese la visita que hace don Quijote en Barcelona a las galeras que tan admirado, y molido, dejó a Sancho: «pasose el cómitre en crujía, y dio señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vio tanta gente en cueros, quedó pasmado...». Quijote, 2ª p., cap. LXIII). Pero la versión inventa y nos dará lo siguiente: «En cada puesto convierten en torre de vigilancia lo que fuera un paraíso». Lo que ya es muy distinto: ni cómitre, ni galera, ni Eliseos, sino esa extraña torre de vigilancia que no se sabe de donde ha salido.

No voy a seguir, entre otras cosas porque me parece labor aburrida y sin mayor interés. Y sobre todo por la pena que da ver que tantas hermosuras de Gracián son sacrificadas tan sin ton ni son. Cuando nos lamentamos del deterioro de nuestro patrimonio cultural e histórico, cuando valoramos los esfuerzos de quienes trabajan

bien y suspiramos por tantas ediciones críticas que no llegan, resulta inconcebible que se ofrezcan zafiedades como esta edición, a pesar de las apariencias engañosas. Más aún, es que uno se siente estafado con una lapidación como esta y lamenta no poder hacérselo llegar a los muchos que habrán picado seducidos por el mero aspecto externo: mi ejemplar, comprado en enero del 94 es de la segunda edición, cuando la primera había sido en diciembre del 93; y a comienzos de este verano se servía en librerías ya la tercera. Uno se alegra de que los libros tengan éxito y se vendan. Pero no en el caso de la obra mal hecha, como esta. El *Oráculo* de Gracián no es un *best seller* para formar ejecutivos agresivos en quince lecciones. Es literatura y de la más pura. Y los que van a la literatura saben a lo que se exponen. En ella, el arcano y lo no aparente tiene un gran peso. Como en la personalidad del propio Gracián quien, por cierto, en el número 160, tras la hermosísima sentencia de que «Hase de hablar como en testamento: que a menos palabras menos pleitos» -y bien ha sido destacado, así por Ceferino Peralta, la abundancia de pensamientos versificados en el *Oráculo*, donde abundan los decasílabos-, afirma que «la arcanidad tiene visos de divinidad». Lo que vale justamente para la literatura. Aunque eso, que tan bien remachado queda desde la similitud fonética de los dos vocablos principales de la frase, de modo que como con imán se buscan arcanidad y divinidad, para los pobres lectores de esta edición haya de quedar en algo tan aséptico como que «El secreto parece algo divino». ¡Pobres lectores que en lugar de la fuerza de Gracián se limitarán a consumir un aguachirris como éste!*

* *El Arte de la prudencia* de Baltasar Gracián a que me he venido refiriendo figura editado por José Ignacio Díez Fernández, Ediciones Temas de Hoy, S.A., 2ª ed., Madrid 1994, 184 págs., 1.650 ptas.